

habido una municipalidad que ha comprendido la ingratitud de las municipalidades precedentes. Un boulevard de Aix se llama desde hace seis años «Boulevard Francisco Zola».

II

Infancia en Aix

El padre ha muerto. El hijo no es más que un niño de siete años. Sobre la madre pesa una empresa importante, de la cual depende la fortuna y hasta la existencia de la familia. ¿Qué va á ser de aquellos dos seres débiles é indefensos?

Al decir dos, cometo un error; debería decir cuatro.

Los abuelos maternos habian ido á fijarse á Aix, donde vivían con su hija y su nieto. Pero el abuelo, ya viejo y retirado del comercio, no se ocupaba de nada. Quien conservaba aún todas sus energías, era la abuela. Una verdadera mujer de la Beauce, nacida en Auneau, muy viva, muy alegre y muy robusta. Una cabeza fuerte, dispuesta á soportar gallardamente las penas y la vejez. ¡A los setenta años cumplidos no tenía ni un cabello blanco! Mientras había vivido su yerno, había permanecido un poco desorientada en aquella casa

confortable, casi lujosa y en medio de la vida espléndida que se complacía en llevar el ingeniero veneciano. Pero cuando se vieron obligadas á prescindir de criados, de hacerlo todo ellas mismas, se remangó los brazos y trajinó como cuatro, más que entristecida por aquel revés de fortuna, regocijada y rejuvenecida. Después de los procesos costosos desastrosamente perdidos por la viuda de Francisco Zola, se acaban las economías y desaparecen los pocos ahorros de los abuelos. Se acerca la ruina de una manera lenta, pero cierta. Y entonces, cuando fué preciso sacar algunos recursos de los últimos restos del lujo de otro tiempo, la mamá Aubert, atrevida y resuelta, es la que se encargó de ir á tratar con los prenderos.

Así se hacía sentir cruelmente la falta del padre. La actividad valerosa de la madre y de la abuela no tenía eficacia más que en el círculo restringido del hogar y de la economía doméstica. Los pleitos iban mal. La fortuna de la familia se agotaba. ¿Qué hacía durante aquel tiempo el niño que debía un día levantarla de nuevo?

Le mimaban y era feliz. Vivía inconsciente y en completa libertad. La madre y la abuela se ingeniaban en proporcionarle alegrías, de esas alegrías infantiles sobre las cuales se precipitan los niños sin preocupaciones de ninguna clase. Mientras que las dos mujeres se ven obligadas á preocuparse de todos los cuidados de la vida corriente, el pequeño Emilio, siempre en medio de ellas, mete la nariz en todas partes y quiere verlo todo. ¡Tanto peor, si sus manos son detenidas á cada instante por la presencia del pilluelo curioso, que

las agobia á preguntas y que ya les impone á cada momento su voluntad! ¡Es preciso no contrariar á aquel querido niño, víctima tan joven de una gran desgracia! Este es todo su sistema de educación. Delante de la casa del callejón Sylvacanne hay un gran jardín. El pequeño, en completa libertad, corre por las alamedas, se revuelca en la hierba y se ensucia las manos y los vestidos. ¡Todo se lo consienten con tal de verlo contento!

Un niño educado así no podía ser muy precoz. A los siete años y medio Emilio no conocía la A ni la B. Una mañana, sin embargo, las dos mujeres mudan de parecer y celebran consejo. El abuelo mismo toma parte en la deliberación. No se puede dejar más tiempo sin instrucción al hijo de un ingeniero. ¿No es suyo el porvenir? El procurador y el abogado que prometen maravillas, se engañan quizás; los pleitos pueden perderse; ¿quién sabe si hay algo en aquella cabecita de ojos dulces, ya reflexivos, algo que conjure algún día la dureza de la suerte y la injusticia de los hombres? Hablan de meterlo en el colegio. «Al colegio—interviene entonces la mamá Aubert—irá más tarde, cuando haya recibido la primera comunión. Yo me encargo de todo. Dejadme hasta mañana.» Y con el sombrero puesto, la activa vieja corría ya en busca de una escuela.

Al día siguiente entraba Emilio en la «pensión Notre-Dame», dirigida por M. Isoard, escuela modesta que existe todavía en Aix. Ignoro el nombre del sucesor de M. Isoard, que continúa dando instrucción primaria á los niños de la pe-

queña ciudad burguesa. Pero, en mi último viaje á Aix, me acuerdo haber pasado por delante de la pensión Notre-Dame. Un alegre guirigay de pilluelos en recreo llegaba hasta mí. Entonces pregunté si dentro de treinta años uno de aquellos jóvenes alumnos minaría á su vez las creencias artísticas de hoy y nos trataría de imbéciles á los naturalistas.

Emilio Zola pasó cinco años, desde los siete hasta los doce, bajo la férula poco temible de aquel primer padre intelectual. A los siete años se obstinaba en no aprender las letras, y el señor Isoard tenía que llevarlo solo al fondo de su gabinete, donde al fin le enseñó á leer en un ejemplar de las fábulas de La Fontaine. Fueron cinco años todavía muy hermosos. Estaba tan libre como antes, corría cuanto quería en el jardín, trepaba á los árboles, pisoteaba la arena y la tierra á su gusto y no iba á la escuela cuando no le venía en gana. Continuaba practicándose el famoso sistema: «No hay que contrariarlo.» Cuando la familia abandonó el callejón Sylvacanne para ir á instalarse al Pont-de-Beraud, fuera de la ciudad, en medio del campo, la asiduidad del discípulo de Isoard se hizo problemática. En lugar de un simple jardín, se le abrieron los campos enteros, los campos que no tienen cercados. Allí, á lo largo del Torse, riachuelo delicioso, llamado así á causa de las caprichosas sinuosidades de su curso, fué donde el futuro autor de los *Cuentos á Ninón* comenzó á sentir ese gran amor al campo, que más tarde formará el lado poético de su obra realista.

El Torse, «torrente en Diciembre, discreto

riachuelo en los días hermosos», se encuentra dibujado en la invocación á la amante ideal de los dieciséis años «á Ninón», que abre el primer volumen del novelista.

Pero yo no quisiera que estas referencias literarias que me solicitan á cada paso, y á las cuales hago mal en ceder, diesen una idea falsa y convencional de aquella infancia. Con el tiempo puede uno ser algo, pero no se nace con una estrella en la frente. La infancia de un artista y la de un hombre de negocios, de un comerciante ó de un portero se parecen. Quien hubiese visto al joven Emilio en aquella edad, no hubiese reconocido en él más que á un niño bien dotado, acostumbrado á hacer su voluntad, y, por consiguiente, franco y dulce, lleno de iniciativa. De esto á presagiar un porvenir hay gran distancia. Sí, á los ocho años amaba ya el campo; tened la seguridad que ni él mismo lo sabía. Y si un poeta idílico hubiese ido á leerle un soneto campestre, no lo habría comprendido y se hubiese marchado á hacer bailar la trompa.

Jugaba allí á la trompa, á los bolos y al paso, preferentemente con dos compañeros de escuela: Solari y Mario Roux. Solari llegó á ser escultor y Mario Roux novelista y redactor del *Petit Journal*.

A los doce años, por consiguiente en 1852, salía de la pensión Notre-Dame para entrar en el colegio de Aix.

¡En el colegio! La cosa era seria esta vez. Ahora es un fornido muchacho. La madre y la abuela recurren á toda clase de sacrificios: ¡Emilio será pensionista! Para poder ir á verlo todos

los días al locutorio y acariciarlo como antes, dejan el Puente Beraud y van á vivir á la ciudad, en la calle de Bellegarde.

En el primer curso Zola estuvo durante las primeras semanas á la cola de la clase. Pero, inteligente y reflexivo, lleno de una prudencia precoz, comprendió que pertenecía á una familia cada vez más pobre, que nada era más incierto que el porvenir, y que nunca sería nada sino por su trabajo. Además tenía demasiado buen corazón para no tratar de dar una satisfacción á su madre y á su abuela. Estas excelentes mujeres lo habían tratado siempre más bien como un hombre que como un niño, no ocultándole ninguno de sus apuros, tomando ya en todo su parecer, como si algo de la razón y de la experiencia del padre pudiese serles comunicado por la boca del hijo. Se portó, pues, como un hombre, y obtuvo cinco premios al fin del año. Entonces, deseoso de concluir, quizás aspirando solamente como todos los colegiales, á salir lo más pronto posible del encierro, saltó una clase y entró en seguida en sexto.

Pasó todavía cuatro años y medio en el colegio de Aix: *sesto*—medio-pensionista—sin ningún premio, antipatía entre el discípulo y un profesor del cual ha conservado un recuerdo abominable; *quinto* y *cuarto*—también medio-pensionista y seis ó siete premios: *tercero*—externo—todos los primeros premios. En fin, en medio del segundo, cuando abandonó de repente el colegio y la ciudad de Aix, era todavía incontestablemente el más aplicado de su clase. Es preciso añadir aquí que al principio del tercero había cambiado de estu-

dios. Teniendo que optar entre el estudio de las letras y de las ciencias, el futuro escritor naturalista escogió por gusto las ciencias; no porque desdénase las letras, sino porque sentía repulsión por las lenguas muertas, el griego sobre todo, y por ciertos ejercicios fastidiosos, como los temas y los versos latinos. Era un invencible disgusto al cual se mezclaba un poco de presunción infantil. Entre las ciencias también tenía sus simpatías: poco entusiasmo por las matemáticas puras y muy aficionado á las ciencias naturales.

Conozco perfectamente aquel viejo colegio que bajo el imperio se llamaba todavía «Colegio Borbón.» Entré allí en 1857 á estudiar el séptimo, algunos meses antes de la época en que el alumno de segundo, Zola, partía para París, en medio del año escolar. Estaba yo en tercero, cuando mi amigo y condiscípulo Antonio Valabrègue, el poeta, me habló por primera vez «del hijo de aquel que hizo el canal», del hijo de Zola, que comenzaba á escribir libros en aquel gran París, hacia el cual nos sentíamos todos atraídos. Estudiaba retórica, cuando aparecieron los *Cuentos á Ninón*, que devoré en clase con el volumen escondido en un diccionario, mientras que el profesor corregía un discurso latino. Todavía hoy, cuando me acuerdo de aquella época, lo vuelvo á ver todo: la pequeña plaza tranquila y la fuente de los Cuatro Delfines cuyos monstruos de estilo rococo tuercen su cola de piedra y escupen el agua por su boca perpetuamente abierta; la puerta exterior de la capilla, negra en aquel tiempo, siempre cerrada; la enrejada ventana del conserje, que arañábamos tími-

damente cada vez que llegábamos tarde. Después, el gran patio cuadrado, sombreado por cuatro hermosos plátanos; la fuente grande; el segundo patio donde estaban instalados el trapecio y las paralelas. Y los «estudios» de la planta baja, tristes, húmedos, faltos de aire. Y las clases del primer piso, más claras, más alegres, desde cuyas ventanas se veían los jardines vecinos. Allí, en aquel modesto colegio de provincias, donde los estudios clásicos no eran muy perfectos, pero donde al menos, una paternal disciplina dejaba á cada discípulo sus cualidades buenas y sus vicios, no falseando las personalidades, fué donde Zola pasó de la infancia á la adolescencia. Tal como le ví después durante su vida de escritor, así era ya cuando concurría al colegio. He hablado de ello con frecuencia con él, con su madre y con sus antiguos condiscípulos: no era ni un perezoso, ni uno de esos encarnizados trabajadores que se embrutecen sobre los libros. Era un muchacho inteligente y práctico, que, al salir de clase con un deber que cumplir y lecciones que aprender, se decía: «Todo esto es poco agradable, pero es preciso hacerlo.» Y apenas en el estudio, ó vuel-



EL GRAN TRAPERERO
(Caricatura de M. Luque
en *Paris Illustrée*.)

to á casa, se instalaba en su pupitre, no perdía un minuto y emprendía valerosamente su tarea, aunque simplificándola todo lo posible; y no se detenía hasta que llegaba al fin. Entonces solamente se consideraba libre y se aprovechaba de su libertad. En una palabra, no había en él exceso de celo sino lo que era indispensable y necesario. Todavía hoy, el autor de los *Rougon-Macquart*, es el mismo trabajador concienzudo, pero moderado. Para levantar el monumento de su alta ambición literaria, todos los días del año, todas las mañanas al levantarse, después de haber comido un huevo, se instala en su ancha butaca Luis XIII, delante de su escritorio, donde el tintero, el cartapacio, los libros y el papel están metódicamente colocados en su lugar; después, con el raspador limpia la pluma de la tinta seca de la vispera, y luego de lanzar una rápida ojeada sobre sus notas, se pone á trabajar, continuando la página donde lo ha dejado, á menudo en medio de una frase, sin leer jamás lo que precede para acordarse, como hacen los trabajadores irregulares; y no se detiene, ni se mezcla en la vida ordinaria sino cuando ha terminado su tarea: cuatro páginas, por lo regular, de papel ordinario cortado en dos, y de una treintena de líneas, sin margen, de una escritura compacta, firme y simpática á fuerza de lógica y de claridad. Apenas se ven tachaduras. Se comprende que esta prosa ha brotado sílaba por sílaba continuamente. No escribe más que cuatro páginas todos los días, pero esas páginas son como la gota de agua que cae en el mismo lugar y concluye por horadar la piedra más dura. No es

nada, pero á la larga los capítulos suceden á los capítulos, los volúmenes se amontonan sobre los volúmenes, y la obra de toda una vida crece, multiplica sus ramas, muestra sus hojas como un poderoso roble destinado á subir y á permanecer de pie en el bosque de las producciones humanas.

En los bancos del colegio de Aix fué donde Emilio Zola escribió sus primeras obras. He aquí la nomenclatura completa de ellas, exactamente recogida: 1.º una gran novela histórica de la Edad Media, según creo un episodio de las cruzadas, con detalles tomados de Michaud; 2.º algunas narraciones en verso; 3.º una comedia en tres actos y en verso. Prosa, verso, novela y teatro, la lista era completa. La novela sobre las cruzadas, más antigua que todo lo demás, debió escribirla en el primer año de sus estudios. Ha conservado el manuscrito, como tiene costumbre de conservarlo todo: notas, proyectos, artículos, cartas de negocios, de amigos, simples billetes; estoy seguro que le causa pesar romper las listas de la lavandera. Un día me mostró aquel manuscrito: está escrito sin una tachadura, pero resulta absolutamente ilegible. Yo no pude descifrar una sola palabra y el autor tampoco. Los versos, mucho menos infantiles, legibles al menos, fueron escritos más tarde, en el momento en que comenzó á leer los poetas.

Siete años más joven que él, no lo conocí en aquella época. ¡Pero cuántas veces en París, desde hace diez años, le he oído hablar de su asunto predilecto: de su juventud! por este motivo poseo *documentos* en abundancia que casi estoy tentado á calificar de recuerdos.

Ya he explicado lo que fué su libre infancia. Lo he mostrado mimado por dos excelentes mujeres, buenas hasta la debilidad, educado con la libertad del Norte, tomado en serio y teniendo voto como un hombre, libre para las lecturas, las amistades y las diversiones. Al aumentar de edad creció naturalmente esta libertad. He aquí cómo la aprovechó.

En el colegio hizo dos grandes amigos. Poco comunicativo, miope, tímido, muy dulce, ya reflexivo, con un gran fondo de seriedad en el carácter, el «nuevo» no simpatizaba con la turba de pilluelos vocingleros que componen el conjunto de las pequeñas clases de los colegios meridionales. Además, aquella gentecilla brutal notó que su camarada, bien educado y nacido en París, hablaba con distinto acento. Desde entonces lo trataron de «parisién», de «*franciot*.» Desde la infancia tenía un defecto de pronunciación, que no era un tartamudeo caracterizado, sino pereza en pronunciar ciertas consonantes, la *c* y la *d*, principalmente, que pronunciaba *t*. Un día, sin embargo, hacia los cuatro años y medio, en un momento de indignación infantil profirió un soberbio ¡*cochon!* Su padre, encantado, le dió cien sueldos. Su lengua se desató despues; pero todavía pronunciaba con timidez ciertas palabras. Esto bastaba para haberlo hecho desgraciado durante sus estudios. Felizmente, hizo conocimiento con dos muchachos muy simpáticos de la misma edad, pero más adelantados. Cézanne, Baille y él fueron en seguida «los tres inseparables», como bien pronto dieron en llamarles. Cada vez su amistad

era más estrecha, hasta tal punto, que me sería imposible continuar mi relato sin hablar de ella.

Al principio no fué más que una reunión de galopines, interrumpida probablemente por riñas pasajeras y quizás de cuando en cuando por algunos cachetes. Pero estos cachetes no hacen nunca mal y más tarde se les recuerda con ternura. Los días de salida se esperaban á la puerta y emprendían el camino cogidos del brazo. Algunas veces acompañaban á Baille, que vivía en los baños Sextiux. Mientras que atravesaban el arrabal, una granizada de piedras hendía el aire por encima de sus cabezas é iba á chocar contra las casas de enfrente.

Los tres amigos tenían que guarecerse en alguna puerta cochera, y asistían desde allí á un peligroso espectáculo. Eran homéricas batallas á pedrada limpia entre los muchachos del arrabal y los de la ciudad, dos bandos de granjería salvaje que se perseguían sin tregua uno á otro, continuando de este modo el inexplicable odio secular que existía entre los dos barrios. Leed las páginas 317 y siguientes de *El pecado del cura Mouret*, en que el hermano Archangias y Jeambemat, á la luz de la luna se lapidan horriblemente; no son más que un recuerdo de aquellos combates del arrabal.

Otras veces daban la vuelta á la ciudad á lo largo de las viejas murallas agrietadas y cubiertas de yedra; se tendían al sol, al abrigo del mistral, sobre la «Chimenea del Rey René», ó bien, si el día había sido caluroso, salían por la puerta de Bellegarde y subían á los «Tres Molinos» para respirar el aire libre. Otras veces iban á ver en-

trar por la Alameda un regimiento de paso, con la música á la cabeza, al cual acompañaban al día siguiente al amanecer hasta el puente del Arco. En los *Nuevos cuentos á Ninón* hay páginas dedicadas á este paso de tropas y á otros recuerdos de la juventud. Las procesiones, por ejemplo, las ventanas cubiertas con telas vistosas; la multitud endomingada corriendo por todas partes y sentada en hileras de sillas y sobre el borde de las aceras; el medio de la calle libre como una especie de corral abierto entre dos ríos humanos; después los dos gendarmes á caballo abriendo la marcha; las filas de muchachas vestidas de blanco entonando cánticos y llevando banderas; las cestas de rosas deshojadas tiradas á manos llenas; y en fin, al anoecer, el regreso de la procesión con los cirios ya encendidos, la bendición dada desde lo alto del gran altar, momento solemne en que las muchachas cesan de reír y de mostrar sus lindos dientes para ocultar la frente en las manos, mientras que los dos cañoncitos, regalados por Luis XIV á la ciudad, ahuecan la voz.

Pasaron los años y los tres inseparables dejaron de ser chiquillos preocupados tan sólo en correr las calles. Era el año 1855, y Emilio Zola acababa de cumplir quince años. Los recursos pecuniarios de la familia continuaban disminuyendo. De la casita de la calle Roux-Alphèran, donde se habían instalado, había sido preciso, por hacerse el alquiler cada vez más pesado, ir á alojarse al paseo de los Mínimos. Pero á los quince años se piensa en otras cosas distintas al dinero. Se despertaba la pubertad. Nuestros amigos se

sentían con un alma nueva, y de repente se habían hecho ricos de deseos tumultuosos. Y su corazón, sus sentidos, su imaginación entonaban músicas alegres. Entonces se pusieron á leer, á leer apasionadamente, cada uno por su parte. Se prestaban los volúmenes, comparaban sus impresiones y discutían. ¿Qué leían? De todo, con la hermosa voracidad intelectual de la edad en que el cuerpo y el espíritu no han acabado aún de crecer. Sobre todo poetas; pocas novelas; de Balzac todavía nada. ¿Qué sucedió entonces? Los tres hicieron versos. Zola, naturalmente; Cézanne, que llegó á ser más tarde un gran pintor impresionista, y Baille, hoy profesor de la Escuela politécnica y adjunto al alcalde del 11.º distrito.

Se puede, desde luego, reconstruir lo que fué la adolescencia de aquellos tres muchachos. Al principio, nada de mujeres. Todo lo más algunos amoreillos abortados. ¡Nada de vida de café! Entraban de tarde en tarde para refrescar; el que tenía dinero pagaba; y se iban, escapando así al embrutecimiento del juego, tan frecuente en la vida monótona de provincias. Menospreciaban á la ciudad, vivían en ella aparte, lo menos posible, sin tener amistad con otros jóvenes, excepto con Marguery, un condiscípulo. Un buen muchacho, que había sucedido como notario á su padre y que ha muerto en un acceso de locura, matándose con una escopeta: fin terrible que no hacían prever su carácter despreocupado y su ruidosa alegría. Una misma pasión de niño por la música había unido á Zola y á Marguery. Habiendo pretendido el director del colegio formar una charanga, Mar-

guery aprendió el cornetín, y Zola, que jamás tuvo oído, eligió el clarinete. ¡Quién lo diría hoy! Cierta día de procesión general, en 1856, el autor de *L'Assommoir* tocó el clarinete toda una tarde detrás de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, paseando las calles vestido de gran uniforme.

Frecuentaban también asiduamente el teatro de la ciudad. La entrada de patio costaba solamente veinte sueldos. Zola ha visto representar en Aix dieciocho veces la *Dama Blanca* y treinta y seis la *Torre de Nesle*. Sin embargo, la gran pasión de los tres amigos no era ni el teatro, ni la música, ni el juego, ni las mujeres.

Era el campo. Una sana orgía campestre, una embriaguez de aire libre. Siempre por montes y por valles en los alrededores de Aix; tan pronto por las carreteras, tan pronto por los senderos de cabras y las gargantas desiertas. Partidas de caza ó de pesca, baños en el río Arc, correrías de diez leguas. Sobre todo en el estío, durante las vacaciones ó los días de asueto, á las tres de la mañana, el que se despertaba más pronto iba á arrojar piedras á las ventanas de los otros. En seguida partían cargados de viveres comprados la víspera. Al salir el sol habían andado ya varios kilómetros. Hacia las nueve, cuando el astro comenzaba á calentar, se instalaban á la sombra. Y el almuerzo se cocía al aire libre. Baille encendía fuego con leña seca, delante del cual suspendían por una cuerda una pierna de carnero, que Zola activaba de cuando en cuando con un papirotazo. Cézanne sazónaba la ensalada. Después

dormían la siesta. Y volvían á partir con el fusil al hombro para alguna gran cacería, en la que mataban á veces una tórtola. Una legua más lejos dejaban el fusil,

se sentaban bajo un árbol y sacaban del zurrón un libro, el poeta favorito: Hugo al principio, más tarde Musset. Concluían por discutir: ¿cuál era el mejor de los dos? Durante mucho tiempo entusiasmáronse con la retórica prodigiosa de Hugo, representando sus dramas, aturdiéndose con la música de sus versos, declamados en alta voz; pero Alfredo de Musset se apoderó de ellos por completo, por su carácter humano, y fué desde entonces el más querido, el más leído, el que debía un día inspirar á Zola su amor apasionado por la vida. Al obscurecer volvían poco á poco discutiendo todavía y recitando versos á la luz de las estrellas.

Antojóseles una vez no volver y pasar la noche en una gruta. Era una inmensa excavación natural, entre dos enormes rocas, una hendidura



Zola á los 30 años, cuando publicó sus primeras novelas

muy profunda que iba estrechándose y que debía terminar en alguna madriguera de zorro. Para realizar la hazaña habían ido cuatro: Baille había llevado á su hermano menor. Al caer la tarde tuvieron cuidado de preparar en el fondo de la gruta un lecho perfumado, aunque no muy blando, de tomillo y de espliego. Pronto llega la noche, se instalan los cuatro y se tienden sobre sus gabanes, tratando de conciliar el sueño. Pero el tiempo se pone malo. Sopla un gran viento por las hendiduras de las rocas. Se encuentran á disgusto en la gruta. Al resplandor de la luna ven grandes murciélagos que giran por encima de ellos. Al fin renuncian á su hermoso proyecto, y á las dos de la madrugada emprenden el camino de la ciudad. Pero antes prenden fuego al tomillo y al espliego para proporcionarse un espectáculo romántico. Los murciélagos, asustados, huyen lanzando maullidos de brujas shakespearianas.

Aquella vida placentera y sin cuidados cesó un día de repente. A principios de 1857 había sido preciso abandonar la casa de la calle de los Mínimos por ser demasiado cara, y se habían trasladado á la calle Mazarino. Esta fué la última habitación de la familia Zola en Aix, la más pobre, compuesta únicamente de dos piezas, recayentes sobre una especie de callejuela que daba la vuelta á la ciudad: casas raquíticas á un lado, y á otro el muro en ruinas de la muralla. La abuela Aubert murió en aquella vivienda en Noviembre de 1857. Había llegado la miseria. Todo el mobiliario perdido, llenos de deudas y los pleitos interrumpidos por falta de dinero para los curiales: tal era la

situación. Hacia fines de año, Emilio Zola acababa de entrar en segundo, cuando su madre partió sola para París. Iba allí á jugarse la última carta, á solicitar para sus pleitos el apoyo de los antiguos protectores de su marido.

De pronto, en Febrero de 1858, el hijo recibe una carta de su madre llamándolo. «No nos es posible vivir en Aix. Realiza los cuatro muebles que nos quedan. Con el dinero que recojas tendrás lo bastante para adquirir dos billetes de tercera para ti y tú abuelo. Date prisa. Te espero.»

Después de una gran excursión de despedida al Tholonet y á la «Barrera», Zola dijo adiós una tarde á Cézanne y á Baille. «Ya nos encontraremos en París.» Y ligero de dinero y de equipaje, con un porvenir incierto y el corazón entristecido al abandonar quizás para siempre á su querida Provenza, aquel distrito de Aix, cuyos menores rincones conocía perfectamente, y de los cuales conserva todavía como un olor de frescura y una embriaguez de la adolescencia al aire libre, emprende su viaje á la gran ciudad.

III

Fin de los estudios en París

Una tarde de Febrero de 1858, Emilio Zola, de dieciocho años menos algunas semanas, llega